

IV

LA AUXILIAR DE QUIEN NO SE QUERÍA

Por orden expresa y terminante del marqués todo cuanto en el hotel de la Avenida del Bosque de Bolonia vivía y palpaba hubo de recobrar la existencia alegre y movida de otros tiempos, con excepción, como es natural, del dueño de la casa, porque si bien el doctor Ali Akmet había realizado con él un verdadero milagro, éste no había rebasado los límites impuestos á los que, en casos iguales ó parecidos, realizan todos los médicos cuando la naturaleza del enfermo les ayuda.

En suma, el marqués Trogoff de Kerbiroët había recobrado casi por completo la plenitud de sus facultades, aun cuando la hemiplejia continuaba adueñada de todo el lado derecho de su cuerpo.

Las dos hermanas huérfanas, que comprendían perfectamente que su anciano protector había acabado de salir á la calle, tal vez para siempre, aconsejadas en su decisión por el cariño y el respeto que el noble prócer les inspiraba, negábanse obstinadamente á reaparecer en los salones del gran mundo, desde el momento en que él no podía acompañarlas, temerosas, no de no divertirse ellas, sino de que el anciano se aburriese solo.

Pero, bien porque el carácter del marqués se hubiese agriado con la larga enfermedad, bien porque á él le

pareciese conveniente fingir un poco para hacerse obedecer, es lo cierto que al enterarse de la decisión adoptada por las muchachas hubo de manifestar, enérgica y ruidosamente, la contrariedad que la misma le causaba.

Fué entonces cuando Ali-Akmet tomó cartas en el asunto y en conferencia particular con las dos hermanas les declaró de modo terminante que aun cuando la intención de ellas de no moverse del palacio era altamente laudable por las razones que la motivaban, no podía dejar de ser dicha actitud contraproducente y perjudicial á la salud del anciano, pues contrariaba á éste, y la menor contrariedad podía determinar en él una nueva crisis, cuyo resultado sería seguramente funesto.

¿Qué podían hacer, ante tan sabias razones, las dos hermanas? Lo que hicieron : someterse. Pero al hacerlo, ambas se hallaban dominadas por sentimientos bien diferentes.

Amy gustó siempre muy poco de los placeres de la sociedad, y esto por temperamento, por su especial idiosincrasia, por su manera de ser. Obligada de nuevo á frecuentar los salones por no contrariar á su padre adoptivo, cuya existencia no podía ser más precaria, dichos placeres se le hicieron de todo punto intolerables. Poco tiempo antes, con anterioridad á la enfermedad del marqués, hubo de sonreír varias veces escuchando las frases de exagerada admiración que le prodigaban los buscadores de dotes, y no dejó de burlarse donosamente en más de una ocasión de las necedades que hilvanaban en honor suyo, de los cumplidos de almanaque que repetían cien voces distintas, de los piropos más ó menos inspirados que sobre ella caían á su paso, como caen las flores en el palio al paso de la custodia. Pero ahora que la joven tenía razones para hallarse persuadida de que su corazón habíase pronunciado en favor del único hombre verdaderamente digno de su amor, bastaba una trivialidad cualquiera para ponerla nerviosa, hasta tal punto que sus muchos adoradores no sabían á qué santo encomendarse por haber notado que apenas lograban formular una frase elogiosa, veíanse detenidos en el camino de los ditirambos fáciles por alguna palabra seca y cortada pronunciada con brevedad monosilábica por los labios del ídolo.

Mucho más despreocupada que su hermana, aunque no menos buena que ella, Edmée entró sin mucha pena en el gran mundo por la puerta que particularmente le convenía, esto es por la de los deportes en general. Acompañada por Jorge de Mercœur, que lo hacía con verdadero placer, aun cuando sin darse cuenta del porqué del mismo, practicaba durante la mayor parte del día y sucesivamente, el tiro al blanco, la equitación y la bicicleta, su último capricho. Algo abandonada andaba por aquel entonces la esgrima, pero esto obedecía á dos razones: primera que su profesor, Malatierra, estaba ocupado por Ali-Akmet en otro trabajo; y la segunda que el maestro habíase declarado ya en más de una ocasión inferior al discípulo. ¿Gustaba realmente la joven verdadera satisfacción practicando los deportes? Es de suponer que no, por lo menos durante los primeros tiempos, á juzgar por la extraordinaria rapidez con que la pequeña amazona pasaba de una otra en todas las artes de fuerza y agilidad. Era tan caprichosa, tan antojadiza, que en cuanto se vió maestra en el dominio de la bicicleta, cosa para la que no hubo de menester mucho tiempo, se le hizo necesario de toda necesidad el buscar nueva ocupación, nuevo derivativo para sus ociosas energías. Y por orden suya, el sobrino del marqués, proveedor de distracciones de la enérgica muchacha, hubo de ordenar la construcción de una canoa para regatas. Anunciábase ya como muy próxima, cuando á Edmée se le ocurrió tal capricho, la fiesta náutica del viaducto de Nogent. Ella no sabía aún lo que era un remo, y sin embargo, y esto prueba la audacia de su carácter, fué preciso, para complacerla, que Jorge la inscribiese, con un nombre supuesto, como participante en la regata femenina.

Fuera de las dos hermanas, una persona había á quien la decisión del marqués hubo de ser particularmente agradable. Nos referimos á la vizcondesa de Aubinesco, cuyo salón recobró de pronto su animación de otras veces, no obstante lo avanzado de la estación, gracias á la presencia en él de su sobrina Yvona de Eparville y de las dos hermanas amigas inseparables de aquélla.

Mientras tanto el bueno de Ali-Akmet, secundado exclusivamente por Malatierra y Kenec el manco, habíase

ocupado en estudiar los medios en virtud de los cuales le sería posible, con mayor ó menor trabajo, apoderarse del conde de Corpo-Santo. Lo malo era que este último, desconfiado sin duda, salía muy poco de su casa del Parque Monceau, por lo que el éxito de los planes del doctor parecía algo comprometido.

Desesperábase Ali considerando que con su solo esfuerzo habría podido castigar al falso conde y librar á París de su presencia; pero tal resultado no podía obtenerse más que por la violencia y por lo tanto con escándalo, y esto precisamente era lo que se trataba de evitar, razón por la cual él, que no era ducho en la arteria y el engaño, considerábase como desarmado contra su enemigo.

Una sola vez había intentado preparar al conde una encerrona, empleando en el desarrollo de la misma toda la malicia de que él era capaz, y el resultado de la empresa fué sencillamente desastroso. No tan sólo no logró apoderarse del supuesto conde de Corpo-Santo, sino que estuvo á punto de perecer en la demanda; y si pudo entrar vivo en el hotel de la avenida del Bosque deviólo á una especie de magnanimidad de Enrique, de quien puede decirse que en aquella ocasión quiso perdonarle la vida.

He aquí cómo habían ocurrido las cosas.

Como unas seis semanas después de la tácita ruptura de las hostilidades, Ali-Akmet, creyendo haber encontrado al fin un medio de apoderarse del conde, para dar con el cual habíale sido necesario todo ese tiempo, propúsose sobornar á Celestino Carabuey, lacayo de Enrique, y logró obtener de él que le cedería su puesto en el pescante, en cuanto tuviese efecto la primera salida nocturna de su amo.

Pero Carabuey era un chico listo; ignoraba en absoluto todo cuanto podía referirse á la personalidad del conde; tenía á éste por un excelente amo que le pagaba puntualmente un buen salario por no hacer nada ó casi nada, y hubo de pensar muy cuerdamente en que perdida aquella plaza, que era una canonjía, no le sería fácil encontrar ninguna otra en la que pudiera vegetar tan á gusto suyo. Embolsó pues sin remordimiento el precio

de la traición que acababan de proponerle y dió cuenta á su amo de lo que ocurría. El conde, naturalmente, le ordenó que se dejase querer, fingiendo prestarse de buen grado y sin repugnancia á los proyectos de Ali.

Este último, que creía poder contar con la buena fe de su cómplice, tanto más cuanto que tuvo buen cuidado de persuadirle de que sólo se trataba de una sencilla apuesta que él, Ali, tenía empeño en ganar, esperaba lleno de confianza, en el cuchitril habitado por el joven Jaffary, á que el lacayo traidor le llevase el aviso que prometiera para cuando se presentase una ocasión favorable.

Llegó al fin el recado.

Preveníase á Ali de que el conde había encargado su faetón para aquella misma noche, con objeto de que le condujera á la puerta de Asnières.

En el acto, y por telégrafo, comunicó Ali sus órdenes al hotel de Kerbiroët.

Su plan no podía ser más sencillo.

Tratábase únicamente de rebasar la barrera, fuera de la cual se encontraría esperando la berlina de viaje del marqués y dentro de ella Malatierra y Kenec, con Pedro y el cocinero á sus órdenes por lo que pudiera ocurrir. Sin violencia alguna se asegurarían entre todos de la persona del conde, y una vez éste bien atado conduciríanlo al hotel, dejando abandonado el faetón, á fin de que resultara verosímil la versión de un probable ataque de bandidos á los que, naturalmente, nadie había de capturar.

Teniendo en cuenta que ante todo era indispensable capturar vivo al conde á fin de que pudiese ser juzgado, el plan de Ali no resultaba un disparate ni mucho menos. Hasta podía tener el éxito que de él se esperaba por haberse elegido bien el sitio en el camino desierto que separa el foso de las fortificaciones de París de los terrenos baldíos de la zona militar.

Desgraciadamente Ali no había previsto la traición y ésta habíase producido ya.

Pero él lo ignoraba. Por eso fué aquella misma noche, cubierto con la librea de Celestino Carabuey, y encaramado en el pescante del faetón á esperar á su amo de un

momento á la puerta del hotel del mismo. Y acababa apenas de detener el carruaje cuando apareció el conde, quien con gran asombro de Ali, que no sabía si alegrarse ó maldecir aquella circunstancia, en vez de entrar en el vehículo saltó al pescante sin dignarse siquiera conceder una mirada á su lacayo.

— A la puerta de Asnières; — dijo con voz breve.

Dejó Ali que flotasen las riendas, y el caballo, un soberbio pura sangre, salió al trote largo.

El tiempo era hermosísimo.

Fumaba el conde con evidente delicia un veguero escogido, y canturreaba al mismo tiempo un vals de una opereta á la moda, como si se hallara completamente libre de toda preocupación.

Por su parte Ali, ignorante en absoluto de las costumbres de Enrique de Corpo-Santo, bendecía á la Providencia y se regocijaba en su fuero interno al verle tan poco dispuesto á la conversación.

Luego de haber dejado atrás la plaza Wagram y cerca ya de la barrera, asaltó á Ali el temor de que su compañero pudiera reconocerle á la luz de los reverberos, más numerosos en aquel sitio, por lo que deseando aligerar un poco la marcha, tocó con el látigo el cuello del caballo, quien poco acostumbrado á aquella clase de caricias dió un bote y se lanzó en un furioso galope.

— ¡Torpe! — murmuró entre dientes el conde, procurando apoderarse de las riendas. Pero Ali las retuvo entre sus dedos contraídos.

Sin saber porqué, instintivamente, comenzaba á sospechar que una traición habíase producido. Importábase pues pasar cuanto antes la barrera seguro como estaba de que una vez del otro lado de la zona fiscal, el conde sería al fin su prisionero.

Ali no contaba con lo imprevisto.

Y lo imprevisto fué que dos guardias de la paz que se encontraban allí como por casualidad, viendo que se les venía encima aquel faetón con el caballo desbocado y subidos en el pescante dos hombres que parecían luchar, hicieron ademán de lanzarse para detener la bestia, al mismo tiempo que gritaban al empleado de consumos:

— ¡Cerrad la verja!

Cuando iba á obedecer el consumero, Alí y el conde, de pie ambos, medianse con la mirada.

Cada uno de ellos empuñaba en la mano derecha un revólver.

Parecía el primero el genio de la audacia, y manteníase erguido y sin apoyo en el pescante del pequeño vehículo horrorosamente sacudido, como se mantiene en equilibrio el marino que durante la tempestad sigue acompasadamente con los pies el movimiento irregular de las planchas que le sostienen.

La mano izquierda del segundo crispábase en la barra del respaldo, mientras que una sonrisa sardónica plegaba sus labios.

— ¡Atrás! — ordenó Alí con voz vibrante. — ¡Atrás, si no queréis dejar el pellejo!

Los guardias se apartaron.

Escondióse el consumero tras de su garita y ya iba el factón á pasar la verja que continuaba abierta, cuando sonó un tiro. Era el conde quien había disparado. Recibió el caballo la bala en la cabeza y dando un salto formidable se arrojó contra el guardacantón sobre el que se desplomó moribundo.

Lanzado fuera del vehículo con la velocidad de un proyectil, Alí-Akmet yacía en el polvo de la carretera.

Aquella terrible sacudida que habría bastado para matar á cualquiera, hubo de dejarle á él indemne, sin privarle siquiera del conocimiento. En cambio, moralmente, sufría lo que no es decible. De nuevo había sido derrotado por el conde. Seguro estaba de que éste había tomado sus precauciones, para asegurarse la impunidad, para aparentar que obraba con perfecto derecho. Y así creyéndolo sentíase invadido de mortal desaliento que le torturaba infinitamente más que las contusiones recibidas.

Por su parte, el conde de Corpo-Santo parecía tranquilo, como si nada hubiese ocurrido.

Descendió por su pie del desarticulado factón, en el que hubo de mantenerse firme en el momento del choque, por él previsto, y acercándose á los guardias que se dirigían á levantar á Alí,

— Señores, — les dijo presentándoles desdoblado un

papel que acababa de sacar del bolsillo — he aquí un orden del jefe de ustedes que me autoriza para pedir el auxilio de la policía en cualquier sitio y momento con objeto de proteger mi vida, amenazada por una conspiración poderosa que contra mí se ha urdido. Acaban ustedes de ver que mi lacayo, un traidor, quería sacarme á viva fuerza de París... Tengo la seguridad de que sus cómplices le esperan en los terrenos baldíos de la zona...

— ¡Cobarde! — rugió Akmet, haciendo esfuerzos por levantarse. — ¡Demasiado sabe usted quien soy!

Los guardias acababan de leer el papel que les presentara el conde y de asegurarse de que se hallaba revestido del sello de la Prefectura de policía, por lo que unieron sus esfuerzos para contener á aquel á quien poco antes se disponían á prestar socorro.

— Por desgracia, — replicó el conde — no sé quién es usted. ¿Cómo he de saberlo si cambia usted con tal facilidad de traje, de nombre, y de condición? Además, ¿por qué ese odio que me demuestra? ¿Qué le hecho yo para que me persiga de continuo?

Para que el conde hiciera estas preguntas era preciso que se hallase bien al corriente de las intenciones de sus víctimas.

Alí se mordió los labios hasta hacer brotar sangre de ellos y no contestó nada.

Sucedía todo cuanto había previsto; el miserable se amparaba en la justicia, en aquella misma justicia de que sus víctimas no querían usar contra él, por no comprometer el honor del nombre.

En presencia de aquella realidad que le parecía imposible, Alí comenzaba á dudar de que su causa fuera justa y preguntábase si la increíble audacia del asesino que se colocaba bajo el amparo, bajo la protección de la ley, no llegaría hasta el punto de servirse de esa misma ley contra los vengadores de sus crímenes con objeto de obtener de éstos, ya que no la paz, por lo menos una tregua en la guerra sorda que le habían declarado.

— ¿Formula el señor querrela contra ese hombre? — preguntó uno de los agentes.

— ¿Una querrela criminal? No; — replicó el conde

luego de reflexionar un momento. — Me contento con que lo guarden ustedes una hora ó dos en la prevención, el tiempo necesario para que yo me aleje.

Alí suspiró satisfecho al oír la contestación del conde.

— ¡Ah, si yo pudiera hablar! — dijo con rabia.

Sonrió el conde de un modo infernal, y exclamó dirigiéndose á Alí.

— ¿Quién se lo impide á usted? Por mi parte tendría una verdadera satisfacción en saber si su amigo el Shaif ha naufragado ó no; ¡hace ya tanto tiempo que no tengo noticias suyas!

Y como Akmet no contestara, añadió saludándole con la mano:

— ¡Hasta la vista, doctor! Reflexione usted un poco acerca de su calaverada y convenga conmigo en que me muestro generoso hasta dejármelo de sobra no haciéndole pagar ni mi faetón ni mi caballo.

Dicho esto, se alejó, no sin exclamar antes, acompañando sus palabras de una risa sarcástica.

— ¡Vaya una idea estrafalaria la de disfrazarse de lacayo!

Tal fué la triste derrota sufrida por Akmet.

Mientras en la puerta de Asnières sucedía lo que acabamos de relatar, el marqués, lleno de ansiedad por lo que pudiera ocurrir lejos de él, y ardiendo en ira contra el preso que iban á conducir ante él de un momento á otro — tan seguro estaba del éxito de la empresa intentada por Alí — permanecía en su habitación, levantado, por haberse negado terminantemente á acostarse.

Irritable y nervioso por efecto de la larga espera y de la soledad en que le dejaran, pues nada se había dicho á las huérfanas de la proyectada expedición, ni aun pudo permanecer en su amplia butaca, y dióse á pasear á lo largo de la habitación, arrastrando penosamente la pierna derecha, que al frotar contra la alfombra producía un ruido extraño, automático, repetido á intervalos regulares.

Tan distraído estaba el anciano, de tal modo tenía el pensamiento fijo en lo que pudiera pasar lejos de él, que varias veces detuvo su paseo, aguzando el oído y preguntándose si cierto rumor que le parecía oír era el de

un coche rodando en la Avenida ó el que produce el péndulo pocos instantes antes de sonar la hora.

Pero apenas interrumpía su marcha, cesaba el ruido como por encanto.

Daba entonces dos ó tres pasos y deteníase de nuevo para escuchar el singular rumor que cesaba otra vez en el acto, por la razón sencilla de que lo provocaba el arrastre por el suelo de su pierna enferma.

Y así pasó el pobre anciano más de media noche, en atormentadora espera de noticias que no llegaban nunca.

Por fin, como á cosa de las tres de la madrugada el marqués oyó distintamente el ruido de un coche que se detenía en la Avenida. Esta vez la duda no era posible. En efecto, pocos momentos después veía entrar en su habitación al buen Malatierra, seguido de Kéne el manco.

La ansiedad se reflejaba en el semblante de los dos hombres.

— ¿Dónde está el doctor? — preguntó el marqués Trogoff mirádoslos fijamente.

— Trabajo tendríamos para decírselo á usted, señor marqués; — replicó el marino.

— Como que no lo sabemos; — añadió á modo de explicación Kenec.

La cólera mal contenida coloreó ligeramente el semblante del anciano.

— ¿Y han abandonado ustedes su puesto sin esperarle? — preguntó.

— A la fuerza, — dijo Malatierra. — Repare el señor marqués que el día despunta ya. — Y señaló á la ventana. — Hubiera sido una imprudencia esperar por más tiempo en un sitio como la puerta de Asnières...

— Una imprudencia, y además inútil, — dijo entonces la voz de Alí-Akmet, quien acababa de entrar y pudo oír las últimas palabras.

— Ah, doctor, — interrogó el marqués, — ¿dónde está el... el...

— El miserable contra el cual nos hemos asociado — murmuró Alí — se halla en mejor estado que yo. Mire usted cómo me ha puesto.

Hablando así fué á colocarse en plena luz y añadió con acento de inmensa amargura:

RESERVA DE NUEVO LEG
 N. 101. CA. UN.
 ALFONSO REYES
 No. 1825 MONTERREY, N.M.

— Si he escapado con vida lo debo á la casualidad; en cambio es á él mismo á quien debo el encontrarme libre.

— ¿A él? Pero es que es acaso todopoderoso?

— Es lo que vale aún más que eso; es el amigo y protegida de la policía, á la que paga con el dinero robado en esta casa.

Falto de fuerzas para continuar en pie el marqués se dejó caer, anonadado, en su butaca. Miraba con estupor la librea llena de polvo, y desgarrada en varios sitios, que cubría el cuerpo de Akmet, y hubo de alarmarse vivamente al ver ensangrentadas las manos del médico.

— Tenía usted razón, querido doctor — murmuró con pena — la tenía usted, como la tiene siempre. Cuanto á mí no soy más que un viejo testarudo, incapaz de hacerme útil á mis amigos y lo bastante estúpido para impedir sus iniciativas. ¿Por qué me hizo usted caso, sabiendo ó adivinando mejor dicho, lo que iba á suceder? Nadie que tenga sentido común seguirá nunca los consejos de un inválido de cuerpo y de cerebro... No, no proteste usted; me juzgo severamente pero con justicia. No sabe usted cuán grande es mi pena al pensar que la única causa del retraso de nuestra obra de venganza es mi orgullo, mi estúpido orgullo.

— Pero...

— No, no, nada de protestas. Hay un momento en la vida del hombre en que éste comprende al fin, y ve con mayor claridad que nadie, sus propios defectos, y ese momento es el que precede al de la muerte; cuando no teniendo ya nada que mirar en lo porvenir, se convierten los ojos al pasado para contemplar el camino recorrido.

— Pero es que usted no está en ese caso, afortunadamente, — exclamó con emoción Ali-Akmet.

— El cariño que me profesa usted le engaña, amigo mío; conozco muy bien mi estado, y sé que llego al fin de mis días... Como que estoy seguro de no ver terminarse el mes de Agosto que acabamos de comenzar.

Dicho esto, el marqués se incorporó para añadir con autoridad:

— Si quiere usted probarme que no me guarda rencor por mis torpezas, mande enseguida á buscar á esa mujer

en quien tiene usted confianza. Pero hágalo usted pronto, prontito... Que venga esa mujer y que mande lo que quiera... ¡Cuán verdad es que el fin justifica los medios! Tanto lo reconozco así que estoy dispuesto á dar una fiesta aquí si ella lo dispone, y aun á presentarme ante mis invitados si esa mujer lo exige.

— ¡En el estado en que usted se encuentra!... sería una locura imperdonable.

— Hay locuras muy razonables, — dijo con dulzura el marqués. — Para mí ahora lo principal, lo indispensable, es hacerme de alguna utilidad en la obra del castigo... Conque lo dicho, busque usted á esa mujer, disponga, mande y proceda como lo tenga por conveniente.

— Ali-Akmet, sin contestar, estrechó con efusión las manos del anciano, quien añadió en voz baja:

— Sobre todo procure usted que las niñas no sospechen mi verdadero estado. Para la juventud no debe haber más que risas; tiempo le queda de llorar, por desgracia.

El doctor hubo de volverse para ocultar al marqués una lágrima rebelde que no había podido contener al oír sus últimas palabras. Fué enseguida á cambiar de traje y á lavar sus arañazos y contusiones, y una vez limpio y dispuesto, salió del hotel, subiendo en el primer coche de punto que encontró al paso:

— Calle Taitbout, 45; — dijo al cochero.

Transcurrida apenas media hora, Ali se apeaba ante una casa de modesta apariencia.

— ¿La señorita Flavia? — preguntó á la portera.

— Quinto piso, última puerta del corredor; — contestó la interpelada.

Llegado al quinto piso, Ali recorrió sin titubear el corredor y se detuvo ante la última puerta, agitando la campanilla.

Fué un hombre quien le abrió.

— ¿Es aquí donde vive la señorita Flavia? — preguntó el visitante.

— Aquí es; — contestó el otro con voz mal segura.

— En ese caso hágame usted el favor de avisarle que deseo verla, — dijo Ali, demasiado preocupado por lo que tenía que decir á la mulata. De no ser así no habría

dejado de observar la extraña turbación del hombre que acababa de abrirle la puerta.

— ¿Me ha comprendido usted? — dijo el doctor, algo extrañado de no recibir contestación. Deseo ver á la señorita Flavia.

— Es que aún está acostada, — respondió al fin el hombre, pero con voz tan temblorosa que Ali hubo de percatarse al fin del terror que inspiraba su presencia.

— Dígale usted, — añadió entonces con dulzura para tranquilizar á su extraño introductor — que vengo del hotel de Kerbiroët, soy el doctor Akmet...

Este nombre, al ser pronunciado, produjo efecto tan galvánico como sorprendente, pues ocurrió que apenas lo oyera el hombre que había abierto la puerta cuando se separó de la misma haciéndose atrás con brusco movimiento y lanzando al mismo tiempo un grito estridente. Tan emocionado estaba que hubo de apoyarse en la pared opuesta para no caer al suelo. Y con voz temblorosa en la que se advertía la magnitud de su espanto, murmuró distintamente :

— ¡El shaif!... ¡El jefe de los hermanos de la Concha !

— ¿Qué es lo que dice usted, desgraciado? — preguntó el doctor cerrando por sí mismo la puerta. — ¿Dónde me ha conocido usted?

Pero el interpelado retrocedía, á medida que el doctor se acercaba á él, deslizándose, como hipnotizado por el miedo, á lo largo de la pared.

Claro es que tal huída y tal persecución no podían durar eternamente. Arrinconado en un ángulo de la antecámara, el introductor encomendaba su alma á Dios, preparándose sin duda á morir, á juzgar por el terror pánico reflejado en sus ojos, que parecían próximos á salir de las órbitas. Pero en aquel momento se abrió una segunda puerta, inundando de luz la exigua entrada, y en el vano de la misma dibujóse la silueta elegante de una mujer joven sumariamente envuelta en un peñador de seda azulada.

Era Flavia la mulata, siempre joven y más que nunca hermosa.

Hábíala despertado el grito estridente de su guardián y deseosa de saber lo que ocurría había saltado de la

cama, envolviéndose en lo primero que halló á mano.

— ¿Qué ocurre? — preguntó. — ¿Por qué ha gritado usted, padre?

En este momento, y gracias á la claridad que se hiciera al abrirse la segunda puerta, pudo Ali acordarse de quién era el hombre á quien al parecer infundía tanto terror. Sólo lo había visto dos ó tres veces en el decurso de su existencia, pero para quien como Akmet poseía la memoria de los rasgos fisonómicos, aquellas dos ó tres veces bastaban y aun sobaban para poner un nombre á una personalidad ya entrevista. Aquel individuo era Ben, el guía indio del conde de Corpo-Santo.

En aquel instante preciso, Ben dirigía hacia su hija la mirada llena de terror y de angustia, exclamando mientras señalaba al doctor :

— ¡Es el diablo!

— ¿Conque el diablo, eh? — dijo la mulata riendo con aquella su risa fresca y perlada. — Pues sea muy bien venido.

Y tendiendo la mano al recién llegado añadió :

— Buenos días, señor doctor Akmet. — Le esperaba á usted.

— ¿Me esperaba usted? — balbuceó el doctor bastante impresionado en presencia de aquella mujer de cuyo cuerpo parecía exhalarse en aquella hora matinal extraño y embriagador perfume, y cuya mano pequeña y gorduzuela estrechaba confiadamente la suya.

Conviene no olvidar, para explicarse esta sensación, que Ali, hombre extraño en todas sus cosas, era un verdadero asceta del amor. Comprendía de modo singular, que era su modo de comprenderlos, los deberes de la pasión, y habíase mantenido virgen de cuerpo y de corazón en la esperanza de que algún día, más tarde ó más temprano, Amy, reconocida á cuanto por ella y por su hermana hiciera, acabaría por otorgarle su mano. ¿Y qué menos podía él hacer, para recompensar don tan excelso que ofrecerle á su vez lo que rarísima vez suelen ofrecer los hombres, esto es, la virginidad absoluta, física y moral?

Un deber de justicia nos obliga á añadir aquí que la inverosímil castidad de Ali tenía explicación en sus

múltiples viajes, en sus correrías por el mundo y en las terribles aventuras que le ocurrieron durante su estancia en la India; todo eso fué poderoso derivativo á los llamamientos de la naturaleza. Además, tal vez sin darse cuenta de ello, era en dicha delicada materia lo que se llama un *gourmet*, y sus sentidos no hubieron de sostener grandes luchas hasta entonces para conservarse en el forzado ayuno, por la sencilla razón de que, excepción hecha de Amy, á la que respetaba como un ídolo, ninguna mujer verdaderamente hermosa y cautivante, se había presentado hasta entonces á él como una viviente tentación.

La mulata lo llevó á una habitación próxima obligándole á tomar asiento en un diván, cerca de ella.

Enseguida habló de este modo:

— Acabo de decirle á usted que lo esperaba y no es verdad, doctor. En realidad ya no creí verle á usted nunca más por esta casa. ¿Sabe usted lo que me figuraba? Pues que mi proposición había disgustado, sin duda por razones que me explico muy bien, créalo usted... Sin embargo, como yo cumplo lo prometido quise esperar algún tiempo antes de proceder por mi cuenta y riesgo. Y vea usted lo que son las cosas; estaba decidida á empezar mañana mismo mi campaña personal...

Las palabras de la mulata zumbaban en el oído de Alí como rumor lejano; no comprendía su sentido; no sabía qué era lo que ella le explicaba. Por la primera vez en su vida, algo así como una súbita y deliciosa embriaguez acababa de apoderarse de él. Hallábase en aquel instante bajo el imperio de una de esas alucinaciones animales que dominan á veces á los hombres consagrados al celibato, y cuya violencia es en algunos casos tan grande que les obliga á pisotear sus votos más sinceros y sus más repetidos juramentos.

Frente por frente del diván en que Alí tomara asiento con Flavia había un espejo en el cual contemplaba él reproducida su propia imagen y la de su compañera de un momento. Y sucedió que mientras se dilataban las narices del árabe para aspirar con delicia los perfumes flotantes en el aire, su mirada clavóse con obstina-

ción en la seda azulada que ocultaba apenas el seno de Flavia, seno que se movía en rítmicas ondulaciones, denunciando al mismo tiempo la exuberancia de vida y de juventud de aquella mujer deseable y deseada sin duda no obstante lo irregular de su existencia.

— Sí, estaba decidida á comenzar mañana mismo mi campaña personal, — repitió Flavia. — ¿Me oye usted, doctor?

Alí se arrancó con brusco esfuerzo á su contemplación que tenía algo de la embriaguez familiar al fumador de opio.

— Sí, señora, la oigo, — contestó con pena. — ¿Y qué es lo que pensaba usted hacer mañana?

— Vengar el asesinato de mis amigos, cuyo matador se pasea libremente por París.

— ¿Sola?

— Sola.

— ¡Admirable mujer! — exclamó inconscientemente Alí. — ¡Ah, bien adiviné yo lo que es usted! Sin la enfermedad de mi anciano amigo el marqués, ya hace tiempo que habría venido á reclamarle el concurso que usted misma nos ofreció espontáneamente...

— Sin su enfermedad y sin su repugnancia á tomar como aliada una mujer de vida alegre, — añadió Flavia.

— ¿Cómo sabe usted eso?

— Por mi policía. La que yo tengo es tanto mejor cuanto que me sirve sin saberlo. Y es más numerosa y más potente que la de la Prefectura, porque son mujeres las que en ella sirven.

— Pues en el hotel de Kerbiroët no entran mujeres.

— No, pero salen hombres de él. Yo conozco uno, Jorge de Mercœur, que cuando se encuentra entre mujeres habla con una confianza y una franqueza que da gusto.

Alí miró con admiración á la mulata.

— Repito que es usted admirable; — dijo.

— Y estoy mucho mejor informada de lo que puede usted suponer. Conozco hora por hora la vida que lleva el miserable *carnicero de mujeres* que se hace llamar el conde de Corpo-Santo... ¿Lo duda usted? Pues dígame si no es verdad que esta misma noche quiso usted lle-

varlo á una encerrona que le tenía preparada, y por poco si deja usted allí los huesos...

Por eso le dije á usted antes que le esperaba. Cuando ya no se puede intentar nada, es cuando se acude á buscar á los aliados como Flavia la mulata...

— Usted se equivoca, amiga mía, por lo menos en lo que á mí se refiere; yo la creo á usted buena y no me avergüenzo de proclamar mi admiración por usted.

— Gracias; — dijo la joven con sinceridad. — La estimación de usted me hace mucho bien, y crea usted que la merezco por más de un concepto, puesto que el triste oficio que ejerzo no es más que una expiación, la más terrible de las expiaciones á que pueda someterse una mujer.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Nada. Explicar á usted mis palabras equivaldría á disminuir mi sacrificio. Algún día, tal vez próximo, conocerá usted mi historia y entonces le será dado comprender que hay vergüenzas que deben ser perdonadas y compadecidas... Ahora hablemos de lo más urgente. Usted ha venido para pedirme mi concurso con objeto de capturar al miserable. ¿No es así?

— Así es en efecto; — dijo Ali.

— ¿Está decidido el marqués de Kerbiroët á dejarme proceder á mi antojo?

— Lo está.

— ¿Y usted?

— Aún más que él.

— ¿Aun cuando por necesidad deba servirme del nombre de la señorita Amy?

Flavia, al pronunciar estas palabras se colocó frente al doctor, mirándole en los ojos.

Ali-Akmet dudaba.

Su cara terrosa habíase puesto pálida.

Al observarlo Flavia dió á su fisonomía cierta expresión indefinible.

— ¡Hombre de poca fe! — murmuró. — ¿Cree usted acaso que yo, la sacrificada por amor, pretendo empañar la reputación de la mujer á quien usted ama, de aquella á quien he salvado ya una vez la vida?

— ¡No, no, de ningún modo! — exclamó Ali

pasando la mano por su frente como para rechazar una idea importuna. — Tengo en usted entera confianza.

— Si es así, óigame atento. Es preciso, más aún, indispensable, que en la noche del 15 de este mes de Agosto dé el marqués una gran fiesta en su palacio. Debe repartir la mayor cantidad posible de invitaciones. Para mí sola necesito cinco.

— Así se hará, pero...

— Ni una palabra más. Á la terminación de la fiesta podrá reunirse al tribunal de las víctimas para juzgar y condenar al culpable que estará ya en nuestro poder.

— Dios la oiga á usted, Flavia. Ahora permítame usted una pregunta. Ese sujeto que me ha abierto la puerta ¿no es un compañero de nuestro enemigo, un tal Ben, si no me equivoco?

— Mad, señor, es más corto; — dijo á través de la entornada puerta la voz temblorosa del indio. — O bien Ned, como usted quiera.

Sonrió el doctor, recordando lo que algún tiempo antes hubo de decirse una tarde en casa de la vizcondesa de Aubinesco, donde las réplicas del indio repetidas por el conde habían regocijado á los oyentes, y Flavia la mulata satisfizo la curiosidad del doctor contestando á la pregunta de éste:

— Ese hombre es mi padre. Ahí donde usted lo ve está encargado de suprimirle á usted, así como á otros varios. Pero no tema usted nada. El pobre había resuelto abandonar para siempre la existencia agitada y criminal que ha llevado hasta ahora, y el conde ha cometido la torpeza de pretender obligarle á reanudar sus hazañas. Ha fingido obedecer para mejor burlarle. Son dos enemigos mortales.

Quando al retirarse de casa de Flavia bajaba Ali la escalera, pudo observar que en uno de los cuartos del segundo piso había sin duda fiesta y algazara. Los cantos y las risas resonaban con eco alegre y estruendoso.

En aquel cuarto habitaba Rhoda, la joven rusa que cimentaba á su modo la alianza de su país con Francia, en la alegre compañía de su amiga Biana y del poeta y polemista Domingo Bugle, redactor-jefe de *El Alba*.